



CARTA DEL SANTO PADRE

a la Sra. Jolanta Szpilarewicz,
Presidente de la Conferencia Mundial de Institutos Seculares
con motivo del 75 aniversario de la Constitución Apostólica
Provida Mater Ecclesia

Hoy se cumplen 75 años de la publicación de la Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesia*, en la que mi predecesor Pío XII reconoció la forma de testimonio que, sobre todo a partir de las primeras décadas del siglo pasado, se fue extendiendo entre laicos católicos particularmente comprometidos.

Un año más tarde, el 12 de marzo de 1948, con el Motu proprio *Primo feliciter* el mismo Pontífice añadía una importante clave interpretativa: respecto a la *Provida Mater*, que os señalaba simplemente como "Institutos", el motu proprio añadía que la identidad específica de vuestro carisma proviene de la secularidad, definida como la "razón de ser" de los mismos Institutos (*Primo feliciter*, 5). Se confirió así plena legitimidad a esta forma vocacional de consagración en el siglo. Como pude decirles hace cinco años, sigo pensando que ese documento fue "en cierto sentido revolucionario" (*Mensaje a los participantes en la conferencia italiana de Institutos Seculares*, 23 de octubre de 2017).

Querida hermana, parece que han pasado más de 75 años desde la *Provida Mater*, si miramos los cambios que se han producido en la Iglesia y el desarrollo de tantos movimientos eclesiales y comunidades con carismas similares al vuestro. Ahora sé que estáis preparando con mucho empeño la próxima Asamblea, que se celebrará en agosto y de la que, si Dios quiere, con mucho gusto vendré a concluir los trabajos. Pero me gustaría daros las gracias desde ahora por vuestro servicio y por vuestro testimonio. Quisiera invitaros, especialmente en los próximos meses, a invocar de modo particular al Espíritu

Santo para que renueve en cada miembro de los Institutos Seculares la fuerza creativa y profética que hizo de los Institutos Seculares un don tan grande para la Iglesia antes y después del Concilio Vaticano II.

Un gran desafío se refiere a la relación entre secularidad y consagración, aspectos que estáis llamados a mantener juntos. Por vuestra consagración es ciertamente fácil asimilaros a los religiosos, pero quisiera que vuestra profecía inicial, en particular el carácter bautismal que caracteriza a los institutos seculares laicos, os caracterice. Queridos miembros de los Institutos seculares laicos, animaos en el deseo de vivir una "santa secularidad", porque sois una institución laical. Sois uno de los carismas más antiguos y la Iglesia siempre necesitará de vosotros. Pero vuestra consagración no debe confundirse con la vida religiosa. Es el bautismo el que constituye la primera y más radical forma de consagración.

En el griego eclesial antiguo, los fieles bautizados solían llamarse "santos". Tanto el término griego *hagios* como el latín *sanctus* se refieren no tanto a lo que es "bueno" en sí mismo, sino a "lo que pertenece a Dios". Es en este sentido que San Pablo habla de los cristianos de Corinto como *hagioi*, a pesar de sus desórdenes y peleas, para indicar no una forma humana de perfección, sino la pertenencia a Cristo. Ahora, con el bautismo le pertenecemos a Él. Estamos fundados en una comunión eterna con Dios y entre nosotros. Esta unión irreversible es la raíz de toda santidad, y es también la fuerza para separarnos a la vez de la mundanalidad. El bautismo es, por tanto, la fuente de toda forma de consagración.

Por otro lado, los votos son el sello de vuestro compromiso por el Reino. Y es precisamente esta entrega indivisa al Reino la que os permite revelar la vocación original del mundo, su estar al servicio del camino de santificación del ser humano. La especificidad del carisma de los Institutos Seculares os llama a ser radicales y a la vez libres y creativos para acoger del Espíritu Santo el modo más adecuado de vivir el testimonio cristiano. ¡Ustedes son instituciones, pero nunca se institucionalicen!

La secularidad, vuestro rasgo distintivo, indica un modo evangélico preciso de estar presente en la Iglesia y en el mundo: como semilla, como levadura. A veces se ha utilizado la palabra "anónimo" para referirse a miembros de Institutos Seculares. Prefiero decir que estáis escondidos en realidades, como la semilla en la tierra y la levadura en la masa. Y de una semilla o levadura no se puede decir que sean anónimas. La semilla es la premisa de la vida, la levadura es un ingrediente esencial para que el pan sea fragante. Os invito,

pues, a profundizar en el sentido y modo de vuestra presencia en el mundo y a renovar en vuestra consagración la belleza y el deseo de participar en la transfiguración de la realidad.

Hay un nuevo paso que dar. Originalmente elegiste "salir de las sacristías" para llevar a Jesús al mundo. Hoy el movimiento de salida debe completarse con un compromiso de hacer presente el mundo (¡no la mundanalidad!) en la Iglesia. Muchas preguntas existenciales llegaron tarde a los escritorios de obispos y teólogos. Habéis experimentado numerosos cambios por adelantado. Pero vuestra experiencia aún no ha enriquecido suficientemente a la Iglesia. El movimiento de la profecía que hoy os desafía es el paso siguiente al que os vio nacer. Esto no significa volver a la sacristía, sino ser "antenas receptoras, que transmiten mensajes". Lo repito con alegría: "vosotros sois como antenas dispuestas a captar los gemidos de novedad suscitados por el Espíritu Santo, y podéis ayudar a la comunidad eclesial a tomar esta mirada de bondad y a encontrar caminos nuevos y valientes para llegar a todos" (*Discurso en el Congreso italiano de Institutos Seculares*, 10 de mayo de 2014).

En la encíclica *Hermanos todos* recordé que la degradación social y ecológica del mundo actual (ver capítulo I) es también consecuencia de una forma impropia de vivir la religiosidad (ver capítulo II). Esto es lo que el Señor subraya a través de la parábola del buen Samaritano, en la que no denuncia la maldad de los bandoleros y del mundo, sino una cierta mentalidad religiosa autorreferencial y cerrada, desencarnada e indiferente. Pienso en vosotros como un antídoto para esto. La secularidad consagrada es un signo profético que exhorta *a revelar con la vida* el amor del Padre más que con las palabras, para manifestarlo día con día por los caminos del mundo. Hoy ya no es tanto el tiempo de discursos persuasivos y convincentes; es sobre todo el tiempo del testimonio porque, mientras la apología divide, la belleza de la vida atrae. ¡Sed testigos que atraen!

La laicidad consagrada está llamada a poner en práctica las imágenes evangélicas de la levadura y la sal. Sed levadura de verdad, de bondad y de belleza, haciendo fermentar la comunión con los hermanos y hermanas que os son cercanos, porque sólo con la fraternidad se puede vencer el virus del individualismo (cf. *Hermanos todos*, 105). Y sed la sal que da gusto, porque sin sabor, sin ganas y sin asombro, la vida queda insípida y las iniciativas quedan estériles. Os ayudará el recordar cómo la proximidad y la cercanía han sido los caminos de vuestra credibilidad, y cómo la profesionalidad os ha dado "autoridad evangélica" en el ámbito laboral.

Querida hermana, habéis recibido el don de una profecía que "anticipó" al Concilio Vaticano II, que acogió la riqueza de vuestra experiencia. San Paulo VI decía: "vosotros sois un ala avanzada de la Iglesia en el mundo" (*Discurso al Congreso Internacional de los responsables de los Institutos Seculares*, 20 de septiembre de 1972). Os pido hoy que renovéis este espíritu de anticipación del camino de la Iglesia, para ser centinelas que miran hacia arriba y hacia adelante, con la Palabra de Dios en el corazón y el amor a los hermanos en las manos. Vosotros estáis en el mundo para testimoniar que el mundo es amado y bendecido por Dios. Estáis consagrados para el mundo, que espera vuestro testimonio para acceder a una libertad que da alegría, que alimenta la esperanza, que prepara el futuro. Por esto os agradezco y os bendigo de corazón, pidiéndoos que sigáis orando por mí.

Roma, San Juan de Letrán, 2 de febrero de 2022

Francesco